



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO

VII DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS

25 DE ENERO DE 2026

SUBSIDIO LITÚRGICO-PASTORAL

«LA PALABRA DE CRISTO
HABITE ENTRE VOSOTROS»
(Col 3,16)



ÍNDICE

3 PRESENTACIÓN

S.E.R. MONS. RINO FISICHELLA

4 LA PALABRA DE DIOS: FUENTE DE ESPERANZA

DOM MAURO-GIUSEPPE LEPORI

6 PROPUESTAS PASTORALES

10 ADORACIÓN BÍBLICA

15 ESKUEMA PARA LA CELEBRACIÓN

PRESENTACIÓN

La expresión bíblica con la que se celebrará la VII edición del *Domingo de la Palabra de Dios* está tomada de la Carta de san Pablo a los Colosenses: «La palabra de Cristo habite entre vosotros» (Col 3,16). Lo que hemos recibido del Apóstol no es una mera invitación moral, sino la indicación de una forma nueva de existencia. Pablo no pide que la Palabra sea solo escuchada o estudiada: él quiere que ella «habite», es decir, que tome residencia estable, plasme los pensamientos, oriente los deseos y haga creíble el testimonio de los discípulos. La Palabra de Cristo permanece como criterio seguro que unifica y vuelve fecunda la vida de la comunidad cristiana.

Después del Año Santo, este lema permanece para nosotros como una valiosa herencia; una invitación dirigida a toda la Iglesia para volver a poner en el centro el Evangelio, pues toda renovación auténtica nace de la escucha dócil de la Palabra. Acogerla significa dejarse acompañar de aquel que no engaña, porque dona vida y esperanza. Ser habitados por la Palabra equivale, en definitiva, a permitir que Cristo hable también hoy a través de nuestra vida, para que cada hombre pueda reconocer su presencia, que continúa iluminando el camino de la historia.

Todo cristiano y toda comunidad deberán recuperar el *primado de la Palabra de Dios*. Su escucha sincera y profunda es una vía fundamental para que el hombre encuentre a Dios. Cuando se deja espacio a la Palabra, cada uno descubre que el Verbo de Dios habita su corazón, como semilla que a su tiempo germina y da fruto. Todos, de hecho, estamos invitados a nutrirnos del pan cotidiano de la Palabra, para luego anunciarla a los hermanos, pues el anuncio surge de la abundancia del corazón, según la frase evangélica: «De lo que rebosa el corazón habla la boca» (Mt 12,34; Lc 6,45).

Es particularmente significativo que la celebración del *Domingo de la Palabra de Dios* este año coincida con la celebración de la conversión de san Pablo, jornada que concluye la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. La Palabra que Cristo dirigió a Pablo por el camino a Damasco marcó profundamente su corazón, hasta el punto de hacerlo el gran evangelizador que conocemos. Hoy nos toca hacer que la misma Palabra llegue hasta los confines de la tierra, para transformar la vida de todos los pueblos, *habitando en nosotros*.

✠ Rino Fisichella

Pro-Prefecto del Dicasterio para la Evangelización

Sección para las Cuestiones Fundamentales de la Evangelización en el Mundo

LA PALABRA DE DIOS: FUENTE DE ESPERANZA

Dom Mauro-Giuseppe Lepori, OCist

Abad General de la Orden Cisterciense



Quizá el hombre que mejor entendió la relación entre Palabra de Dios y esperanza fue un pagano, el centurión romano que, después de haber suplicado a Jesús sanar a su criado enfermo, ante la inmediata disponibilidad del Señor, se declaró indigno de que él entrara en su casa y le dijo: «basta que lo digas de palabra, y mi criado quedará sano» (Mt 8,8). Le bastaba una palabra de Cristo para tener la esperanza cierta en la salvación obrada por él.

La fe permitió al centurión entender que lo que suscita esperanza en la Palabra de Dios es, precisamente, que es Palabra de Dios, es decir, la Palabra que aquel que hace todas las cosas dirige personalmente a nuestra necesidad de salvación y

de vida eterna. Lo entendió también Pedro en un momento que podía ser de desesperación porque todos habían abandonado al Señor y permanecían con él solo unos pocos discípulos, confundidos e inseguros: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68). Las palabras de Jesús permanecían para Pedro y sus compañeros como el último hilo de esperanza en una plenitud de vida que podían esperar solo de Dios.

Pero ¿por qué y cómo podría la esperanza de Pedro, como la del centurión, aferrarse a la palabra de Cristo? ¿Qué da a la Palabra del Señor esta fuerza, esta solidez que nos permite abandonarnos a ella con todo el peso de nuestra vida con el peligro de caer en la

desesperación, en la muerte, en la nada? ¿Qué permite a quien escucha esta Palabra reconocer que puede abandonarse a aquel que la pronuncia con total confianza?

Esto es posible si la Palabra del Señor llega al corazón no como promesa de algo, sino como promesa de alguien, y de alguien que ama nuestra vida con un amor todopoderoso, que puede hacer todo por los que ama y confían en él.

Muchos abandonaron a Jesús después del discurso sobre el pan de vida en la sinagoga de Cafarnaún, diciendo: «Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?» (Jn 6,60). ¿Por qué la Palabra de Jesús fue una razón para que se fueran cuando, para Pedro y los otros discípulos, era la única razón para quedarse con él?

El hecho es que los primeros habían escuchado su Palabra separándola de su fuente, el mismo Cristo. Pedro y los discípulos, sin embargo, no podían sustraer ninguna palabra de Jesús de su presencia, es decir, de la relación con él, de su amistad.

La Palabra de Dios puede ser fuente de esperanza si, para nosotros, Dios sigue siendo la fuente de la Palabra misma. Solo si escuchamos la Palabra desde la voz del Verbo presente, que nos mira con amor, podrá alimentar en nosotros una esperanza inquebrantable, porque está fundada en una presencia que nunca falla. La Palabra de Dios es una promesa en la que no solo el que promete es fiel, sino que queda incluido en la promesa misma, porque Cristo nos promete a sí mismo: «Y sabed que yo estoy con voso-

tros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20). La última palabra de Jesús, la última promesa antes de ascender al cielo, es la promesa de sí mismo en nuestra vida, no solo al final de los tiempos sino cada día, cada instante de la vida.

Este vínculo indeleble de la Palabra de Dios con su presencia, tan radical desde que «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14) hasta que murió en la cruz por nosotros, es la conciencia y la promesa de todo el Antiguo Testamento. Como cuando el salmo 28 clama al Señor: «Si no me escuchas, seré igual que los que bajan a la fosa» (Sal 28,1). El hombre tiene en sí la conciencia profunda, ontológica, de que, si Dios no le escucha, si Dios no lo crea en cada instante con su Palabra, la muerte, la disolución de la vida le es inevitable, porque Dios crea diciendo todo en el Verbo a través del cual existen todas las cosas (cf. Jn 1,3).

Uno puede vivir sin escuchar la Palabra que se le dirige con amor, pero así se experimenta, como muchos hoy, una vida inconsistente, una vida disipada, que se escapa de nuestras manos, incapaces de sostenerla. En cambio, se nos da la gracia de vivir escuchando, de vivir atentos, a la escucha del Señor que está constantemente a la puerta de nuestra libertad, llamando y pidiendo entrar. Se nos da la oportunidad de vivir escuchando su voz, que nos llama a la comunión con él (cf. Ap 3,20), a una amistad infinita, permitiendo así al Espíritu generar en nosotros y entre nosotros una vida nueva, rebosante de esperanza no en algo, sino en Dios, que cumple la promesa de su presencia en el mismo instante en que su Palabra la expresa.

PROPUESTAS PASTORALES

1 PREPARAR EL DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS

Para vivir activamente el *Domingo de la Palabra de Dios* es importante que los preparativos se extiendan desde el nivel espiritual (oración personal y comunitaria) al material (adecuada programación). De hecho, para favorecer el encuentro con Dios en su Palabra, es necesaria una preparación espiritual, pidiendo la apertura del corazón para aquellos a quienes será proclamada la Palabra. En consecuencia, los preparativos para programar la iniciativa implican que se parta de la oración individual y comunitaria. Sugerencias:

- Una semana antes del *Domingo de la Palabra de Dios*, incluir en la oración de los fieles una intención dedicada a este motivo.
- Prever en la comunidad un momento de adoración al Santísimo Sacramento que se ofrezca por la celebración del *Domingo de la Palabra de Dios*.
- Hacer momentos de catequesis bíblica.



2 PARA VIVIR EL DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS

Celebrar la santa misa de este domingo de modo solemne. En efecto, el lugar privilegiado del encuentro entre la comunidad cristiana y la Palabra de Dios es la celebración eucarística. La carta apostólica *Aperuit illis*, en el n.º 3, presenta algunas sugerencias:

- Será importante que en la celebración eucarística se pueda entronizar el texto sagrado, para hacer evidente a la asamblea el valor normativo que tiene la Palabra de Dios.
- En este domingo, en modo particular, será útil evidenciar su proclamación y adaptar la homilía para resaltar el servicio que se da a la Palabra del Señor.
- Los obispos podrían en este domingo, celebrar el rito de la institución del ministerio de catequistas y también de lectorado, para recordar la importancia de la proclamación de la Palabra de Dios en la liturgia.
- Los párrocos podrían valorar la posibilidad de entregar la Biblia, o una parte de ella, a toda la asamblea, para hacer ver la importancia de continuar en la vida cotidiana la lectura, la profundización y la oración con la Sagrada Escritura, con una particular referencia a la *Lectio divina*.
- Hacer especial mención, en la oración de los fieles, a la unidad de los cristianos, pues celebrar el *Domingo de la Palabra de Dios* expresa un valor ecuménico.



3 DURANTE TODO EL AÑO

Conviene recordar que el desarrollo de este programa no es una finalidad en sí misma para este domingo. Es necesario favorecer, más bien, el encuentro continuo, personal y comunitario con la Palabra de Dios. Sabemos bien que escuchar, compartir, vivir y anunciar la Palabra de Dios no es una tarea de un solo día, sino de toda nuestra vida. Podría ser de ayuda promover diversas iniciativas bíblicas durante el año y ofrecer una oportunidad de formación permanente a los fieles.

Formación de lectores

Es fundamental que las comunidades eclesiales se empeñen en la formación de los fieles que ejercitan el servicio de lectores en las celebraciones litúrgicas, para que ellos sean verdaderos anunciantes de la Palabra con una preparación adecuada, así como se realiza usualmente con los acólitos o los ministros extraordinarios de la comunión.

Llevar la Palabra «en tu bolsillo»

Tener la costumbre de llevar siempre un pequeño Evangelio en el bolsillo, en el bolso, para poderlo leer durante el día. Existen diversas ediciones del Nuevo Testamento o del Evangelio, en volúmenes ligeros, versiones de bolsillo, que fácilmente se pueden llevar en los bolsos o mochilas y que podemos llevar siempre con nosotros.

Llevar la Palabra en tu teléfono móvil

Se puede tener fácilmente la Biblia en tu teléfono móvil para consultarla en cualquier momento, existen varias aplicaciones y páginas de internet en diferentes idiomas, no solo con la Biblia sino también con las lecturas de la santa misa de cada día; páginas donde se puede leer o escuchar la Palabra de Dios, páginas con comentarios y reflexiones de la misma. Se puede activar también un recordatorio en tus notificaciones para tener un momento al día de encuentro con la Palabra de Dios, de tal modo que te acompañe donde quiera que vayas.

Grupo bíblico

Se podría organizar un grupo en la comunidad eclesial, con reuniones semanales o mensuales, que tenga momentos formativos o culturales de profundización de la Sagrada Escritura, y momentos de *Lectio divina* comunitaria. Los encuentros conviene que sean adaptados según las características del grupo (edades, madurez espiritual, etc.).

Rosario meditado

Otra fuente para orar con las Escrituras es la variedad de oraciones católicas tradicionales, como el rosario. Este es una oración evangélica con marcada orientación cristológica, definida por san Juan Pablo II como «compendio del Evangelio». De hecho, tiene un carácter esencialmente contemplativo, pues nos hace entrar en la meditación de los misterios de la vida del Señor, acompañados de aquella que fue más cercana al Señor. Para dar fundamento bíblico y mayor profundidad a la meditación, es útil que la enunciación del misterio vaya acompañada por la proclamación de un pasaje bíblico correspondiente. Es oportuno, además, que, después de esto, se haga una pausa durante un momento para fijar la mirada en el misterio meditado, antes de iniciar la oración vocal.



ADORACIÓN BÍBLICA

Exposición del Santísimo Sacramento

El presente texto es una propuesta que posteriormente debe ser concretada e in culturada, según las tradiciones locales.

Habiéndose reunido los fieles e iniciado un canto, el ministro se acerca al lugar de la Reserva. Trae el Santísimo Sacramento y lo expone en la custodia. De rodillas, el ministro inciensa el Santísimo Sacramento.

℣. Señor, contemplamos tu presencia real en este Santísimo Sacramento y te damos gracias por habernos llamado a estar ante ti. Nos reunimos confiando en ti y en tu Palabra. Prepara nuestra mente y corazón para recibir las gracias que has preparado para nosotros en este momento. Haz que seamos conscientes en cada momento de que estamos frente a ti y a tu amor infinito. Abre nuestro entendimiento y nuestra voluntad para recibir tu Palabra y anunciarla con nuestra vida.

℣. Alabemos y demos gracias en cada instante y momento.

℟. Al Santísimo y divinísimo Sacramento.

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14).

Padrenuestro, Avemaría, Gloria...

℣. Alabemos y demos gracias en cada instante y momento.

℟. Al Santísimo y divinísimo Sacramento.

«Y se dijeron el uno al otro: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”» (Lc 24,32).

Padrenuestro, Avemaría, Gloria...

℣. Alabemos y demos gracias en cada instante y momento.

℟. Al Santísimo y divinísimo Sacramento.

«La Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente. Cantad a Dios, dando gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col 3,16-17).

Padrenuestro, Avemaría, Gloria...

℣. Escuchemos y acojamos la Palabra de Dios, siempre viva y eficaz. Dejemos que resuene dentro de nosotros e ilumine nuestras vidas.

Aclamación al Evangelio

Aleluya, aleluya.

Señor Jesús, haznos comprender las Escrituras;
que arda nuestro corazón mientras nos hablas (cf. Lc 24,32).

Aleluya.

Del Evangelio según san Juan (15,1-5.9-11)

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud».

Palabra del Señor.

Reflexión guiada:

¶ En el contexto del *Domingo de la Palabra de Dios* celebramos este momento de adoración, que este año se inspira en el texto: «*La palabra de Cristo habite entre vosotros*» (Col 3,16). Ante Jesús Eucaristía reflexionemos:

1. En Jesús, el Dios invisible se hizo ver y escuchar. ¡Cuántas palabras y cuántas acciones de Jesús pudieron oír y ver los apóstoles! Muchas de estas fueron escritas en los Evangelios, en los que podemos contemplar a Jesús a través de su Palabra. Jesús continúa hablándonos y continúa actuando en nuestra vida.

(Momento de silencio entre cada punto)

2. Jesús tocó los corazones de muchos que se encontraron con él en el Evangelio. Estos entendieron que tener una relación de amistad con Jesús implica confiar en su Palabra, reconociendo que solo él tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6,68). «Cristo es el “Evangelio eterno” (Ap 14,6), y es “el mismo ayer y hoy y siempre” (Heb 13,8), pero su riqueza y su hermosura son inagotables. Él es siempre joven y fuente constante de novedad. La Iglesia no deja de asombrarse por “la profundidad de la riqueza, de la sabiduría y del conocimiento de Dios” (Rom 11,33)» (*Evangelii gaudium*, 11).

3. «*La palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza*», es la invitación que hoy recibimos del apóstol Pablo. El santo padre León XIV, al inicio de su pontificado nos invitaba a todos: «¡Miren a Cristo! ¡Acérquense a Él! ¡Acojan su Palabra que ilumina y consuela!» (Homilía del 18.5.2025). Dejemos que hoy él nos dirija su Palabra. Su modo de hablar es siempre con amor y autoridad transformante: «di tan solo una palabra», como dijo el centurión romano. ¡Una sola! Una palabra tuvo para Leví en aquella mesa; una para Zaqueo en aquel sicomoro; una para Pedro, Santiago y Juan en la orilla del mar; una para María fuera del sepulcro... Tiene una también para nosotros. Dejemos que él nos hable al corazón y permanezcamos y moremos en su Palabra.

4. Escuchemos una vez más las palabras de nuestro papa León XIV: «Hoy, frecuentemente, perdemos la capacidad de escuchar, de escuchar verdaderamente. Olvidamos escuchar nuestro corazón y es en nuestro corazón donde Dios nos habla, donde Dios nos llama y nos invita a conocerlo mejor y a vivir en su amor. Que la Santísima Virgen María, Madre de Dios y vientre en el cual el Verbo de Dios se hizo carne, nos enseñe el arte de la escucha, nos fortalezca en la obediencia a la Palabra y nos guie para magnificar al Señor (cf. Lc 1,46)» (Papa León XIV, Discursos del 5.7.2025 y 17.11.2025).

Oración personal

En este momento se podría entregar a los fieles la cita bíblica de Col 3,16 («La palabra de Cristo habite entre vosotros») impresa para favorecer la oración personal. Mientras tanto, se puede acompañar el silencio con música adecuada.

Silencio orante

Canto

Preces comunitarias

℣. Tú que fuiste contemplado por los pastores y los magos en Belén...

℟. Haz que te descubra en mi vida, Señor (cf. Mt 2,11).

℣. Tú qué mostraste tu gloria en el Tabor...

℟. Haz que disfrute las alegrías de cada día, Señor (cf. Mt 17,1s).

℣. Tú qué llamaste a tus discípulos en la orilla del lago...

℟. Haz que también yo atienda a tu llamada, Señor (cf. Mt 4,18-22).

℣. Tú que viste la creatividad de Zaqueo...

℟. Haz que te ofrezca mis esfuerzos, Señor (cf. Lc 19,1s).

℣. Tú que, tocando al sordo mudo, le mostraste tu cercanía...

℟. Haz que reciba atento tu Palabra (cf. Mc 7,33).

℣. Tú que cambiaste el horizonte de la vida de Mateo...

℟. Llena mi vida de sentido Señor (cf. Mt 9,9-13).

℣. Tú que dirigiéndote a Lázaro lo volviste a la vida...

℟. Anima mi fervor y deseo de santidad Señor (cf. Jn 11,1s).

℣. Tú que explicándoles las Escrituras a tus discípulos transformaste su tristeza en gozo...

℟. Enciende nuestro amor por tu Palabra y la certeza de tu presencia, Señor (cf. Lc 24,13-35).

Canto

Padrenuestro

℣. Te damos gracias, Señor, porque siempre estás cerca de nosotros, de manera particular en la eucaristía y en tu Palabra. Queremos en todo momento acudir a ti, Palabra de vida eterna, acogerte con fe y sencillez, compartirte con entusiasmo, vivir tu Palabra en lo cotidiano y anunciarte con valentía. Con la confianza de hijos y con tus mismas palabras nos atrevemos a decir: *Padrenuestro...*

Bendición

Al final de la adoración, el sacerdote o el diácono se acerca al altar, hace la genuflexión; se entona el *Tantum ergo* u otro canto apropiado. Mientras tanto, arrodillado el ministro, inciensa el Santísimo Sacramento. Luego se pone de pie y dice:

Oremos

Oh, Dios,
que en este sacramento admirable
nos dejaste el memorial de tu pasión,
te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios
de tu cuerpo y de tu sangre,
que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu redención.
Tú, que vives y reinas con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos.

℟. Amén

Dicha la oración, el sacerdote o diácono recibe el velo humeral blanco, hace genuflexión, toma la custodia y bendice al pueblo con el Santísimo Sacramento haciendo la señal de la cruz, sin decir nada.

Aclamaciones al Santísimo

Si se considera oportuno, después de la bendición eucarística se pueden decir, según las costumbres locales, las siguientes aclamaciones:

Bendito sea Dios.
Bendito sea su santo nombre.
Bendito sea Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.
Bendito sea el nombre de Jesús.
Bendito sea su sacratísimo Corazón.
Bendita sea su preciosísima Sangre.
Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del altar.
Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.
Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.
Bendita sea su santa e inmaculada concepción.
Bendita sea su gloriosa asunción.
Bendito sea el nombre de María Virgen y Madre.
Bendito sea san José, su castísimo esposo.
Bendito sea Dios en sus ángeles y en sus santos.

Reserva

Terminada la bendición, el sacerdote o el diácono que ha impartido la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Santísimo Sacramento en el tabernáculo y hace genuflexión.

SALMOS

en palabra del hombre a Dios; él pone sobre la boca del hombre las palabras que le dirige. Se intuye aquí la vocación de Israel a ser «sacerdote de toda la humanidad», orante perpetuo ante la divina majestad, en una tensión constante entre oración y alianza. De este modo, por medio de los salmos, todas las generaciones pueden entrar en contacto con Dios, compartiendo con él sus angustias y alegrías, y escuchar sus palabras de vida.

Sal

Oración y poesía

El Salterio fue dividido en cinco libros (Sal 1-41; 42-72; 73-89; 90-106; 107-150), separando las distintas partes por una doxología final (41,14; 72,18-19; 89,53; 106,48) y por una bienaventuranza que la precede (41,2; 72,17; 89,16; 106,3), resultado de la práctica de la oración sinagoga y del curso de la transmisión textual. El Salterio se abre con el anuncio, por parte de Dios, de la felicidad del hombre («dichoso el hombre», 1,1) y se concluye con la proclamación, por parte del hombre, de la alabanza a Dios («aleluya», 150,6); de este modo el Salterio se enmarca entre una alabanza y una doxología, entre la felicidad del hombre y la alabanza a Dios. En el quinto y último libro hay una colección de salmos, llamados «aleluyáticos» (Sal 146-150) que sirven de doxología conclusiva del quinto libro y de todo el Salterio. El motivo de esta di-

er sus compañeros, el Señor sus posesiones. «Vistieron a su Señor le dieron el pésame y lo consoló y un anillo de oro. «El Señor les da más aún que al principio. Llegó a su casa, seis mil camellos, mil yuntas de ganado, siete hijos y tres hijas: la primera, la segunda, Acacia, y la tercera, Azabías, el país mujeres más bellas que las hijas de los herederos, igual que a sus hermanas. Cuarenta años, y conoció a sus hijos, a nietos. Murió anciano tras una larga

MARCO ANTONIO
Bogotá

cluirse con un retorno a tal teoría, ya que la suerte de Job ha sido restablecida mediante bienes todavía más abundantes que al principio. No exactamente, porque la genialidad del libro consiste precisamente en poner a Job ante Dios con una profundidad completamente nueva: «No conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos» (42,5). Aquí está el inicio de una «nueva revelación» de Dios, que va más allá del restablecimiento de la suerte de Job con el doble de sus bienes. La experiencia humana de Job, la experiencia de la cruz, interroga y espera ahora del sufrimiento, lleno del misterio de Dios. Job, junto a Ezequiel, representa así el culmen de la sabiduría tradicional, y de un cumplimiento en el futuro, que llegaría solo con el Mesías y especialmente con su pasión y resurrección.

En la teoría
de Job. En
la re-
surrección

ESQUEMA PARA LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

Se proponen algunas sugerencias litúrgicas para la celebración de la santa misa, sin embargo, a discreción del obispo local y del párroco, se pueden introducir otros signos que subrayen la importancia de la Palabra de Dios en la comunidad celebrante —en conformidad, naturalmente, con las indicaciones litúrgicas vigentes respecto a la celebración de la eucaristía—.

El ambón sea adornado y se coloque junto a él el cirio pascual encendido. Junto al altar o al ambón, o en otro sitio especialmente preparado (p. ej. una capilla), se prepare un lugar visible para toda la asamblea, elevado y decorado, donde se pueda colocar el texto sagrado. En otra mesa se acomoden las biblia que serán entregadas a los diversos representantes de la comunidad parroquial.

Debe ser evidente que, en la misa, se prepara la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo. El ambón se conecta con el altar en cuanto que el Verbo anunciado desde el ambón se hace «carne» en el altar. Se puede, justamente, hablar de «dos mesas»: de la Palabra y de la eucaristía.

La santa misa inicia *more solito*: se favorezca, según las posibilidades, la procesión solemne con el turiferario, la naveta, la cruz, los ciriales, llevando el evangelíario según la usanza de la Iglesia romana. El diácono (o en su ausencia el presbítero) lleva procesionalmente el evangelíario, manteniéndolo elevado y, si es posible, acompañado por dos velas encendidas. Llegando al presbiterio, el evangelíario se coloca sobre el altar, en el centro.

Ser colocado sobre el altar confiere al evangelíario un honor excepcional. Siendo el altar Cristo mismo, solo la eucaristía y el evangelíario gozan del privilegio de ser puestos sobre él. Esta colocación equivale a una entronización similar a la exposición del Santísimo Sacramento. Tal gesto, reservado al texto sagrado, quiere expresar la disposición interior de los fieles: la Palabra de Dios viene y toma el lugar central en la asamblea.

Después del saludo inicial se introduce con estas o semejantes palabras:

℣. En este día la Iglesia celebra el *Domingo de la Palabra de Dios*. Es un domingo «dedicado a la celebración, reflexión y difusión de la Palabra de Dios» (*Aperuit illis*, 3). Abramos nuestra mente y nuestro corazón para acoger la Palabra, que es: «Lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro sendero» (cf. Sal 119,105). Dios, a través de su Palabra, desea revelarse y habitar en nuestra existencia. Para que podamos acoger su presencia durante esta celebración, reconozcamos ser pecadores e invoquemos con confianza la misericordia de Dios.

ACTO PENITENCIAL

Sigue el acto penitencial, que puede ser el siguiente:

V. Señor, que eres la Palabra de Dios hecha carne, *Kyrie eleison.*

R. *Kyrie eleison.*

V. Cristo, que devuelves la vista a los ciegos con el poder de tu palabra, *Christe eleison.*

R. *Christe Eleison.*

V. Señor, que liberas nuestra vida del pecado, *Kyrie eleison.*

R. *Kyrie eleison.*

V. Dios Todopoderoso, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

Se canta el Gloria y luego comienza la Liturgia de la Palabra *more solito.*

LITURGIA DE LA PALABRA

Debido a que proclamar la Palabra asume el valor de un acontecimiento salvífico, en el cual se actualiza la historia de la salvación, conviene prestar el máximo cuidado en la proclamación de la Palabra de Dios. Ella no es una simple lectura del texto, sino el anuncio de una presencia, es Dios que da a conocer su obra salvífica. Por lo tanto, el lector es el primer mediador de la Palabra de Dios, aquel que debe ayudar a la asamblea litúrgica a acoger el mensaje y a custodiarlo para traducirlo en vida.

El leccionario es el libro litúrgico que recoge toda la Palabra de Dios anunciada en las celebraciones eucarísticas. El leccionario deberá, por lo tanto, ser digno, decoroso y bello, capaz de suscitar el sentido de Dios que habla a su pueblo. Por esto no son adecuados para la proclamación de la Palabra de Dios otros subsidios pastorales sustitutivos, como por ejemplo las «hojas o folletos», que deberían ser destinadas a los fieles solo para la preparación y meditación personal de las lecturas. El mismo libro litúrgico debe ser como la epifanía de la belleza de Dios en medio de su pueblo.

Para la proclamación del Evangelio, el evangeliario se lleva en procesión desde el altar hasta el ambón, donde se inciensa. Durante el «Canto al Evangelio» el turiferario se dirige a la sede, para la infusión del incienso; después se dirige con el diácono o presbítero al ambón para la incensación y proclamación. El saludo y el anuncio inicial: «El Señor esté... Lectura del...» (y el final «Palabra del Señor») se podrían cantar para subrayar la importancia de lo que se lee. Si la celebración es presidida por el obispo, al final de la proclamación, el presbítero o el diácono lleva el evangeliario al obispo para que lo besé. Es oportuno que en esta celebración el celebrante imparta también la bendición al pueblo.

«Cuando se leen las Sagradas Escrituras en la Iglesia, Dios mismo habla a su pueblo, y Cristo, presente en su Palabra, anuncia el Evangelio» (*Instrucción general del Misal romano*, n. 29). Cuando el presbítero o el diácono toman el evangelíario del altar, se quiere significar que las palabras leídas sucesivamente no son las suyas, sino las de Jesús, Señor de la historia y de la Iglesia. A la proclamación del Evangelio se debe reservar la mayor atención, por esto, conviene que sea precedida por la incensación.

ENTRONIZACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

Al final de la proclamación del Evangelio, el ministro, después de haber besado el texto sagrado, lo coloca en procesión sobre el trono, donde se abre y se inciensa. Este trono puede incluir velas, flores o macetas.

Un monitor explica el gesto con estas u otras palabras similares:

El libro que contiene la Palabra de Dios es llevado solemnemente y colocado en el trono. Es un gesto simbólico con el que no solo elevamos la Sagrada Escritura en medio de nuestra comunidad orante, sino que también manifestamos nuestra voluntad de ponerla en el primer lugar de nuestra vida. Así, la Palabra de Dios se convierte en el faro de nuestra existencia que ilumina nuestras decisiones e inspira nuestro actuar según la voluntad de Dios.

Durante los grandes concilios ecuménicos nació la tradición de colocar el evangelíario en un trono, para acentuar el primado de la Palabra de Dios. Esto sucedió también en el Concilio Vaticano II.

HOMILÍA

ENTREGA DE LA BIBLIA

Terminada la homilía se puede entregar a todos los presentes (o a algunos) el texto de la Biblia (o uno de sus libros, por ejemplo, uno de los Evangelios). Después de un breve momento de silencio meditativo, el celebrante introduce:

¶. Queridos hermanos, el evangelista san Juan nos recuerda: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo» (Jn 17,3). También nosotros queremos conocer a Dios que se ha revelado a través de su Palabra. Queremos, por lo tanto, acoger la Palabra, sintiendo la importancia de su lectura cotidiana, para vivir cada vez más unidos a Cristo Jesús. Por esto dirijamos ahora a Dios nuestra oración.

Después de un breve momento de oración en silencio, el celebrante, con las manos extendidas, dice:

℣. Padre de la luz,
te alabamos y te bendecimos
por todos los signos de tu amor.
Tú has hecho renacer a estos hijos tuyos
por el agua y el Espíritu Santo
en el seno de la madre Iglesia
y ahora los llamas a escuchar y anunciar la Palabra que salva.

Jesucristo, que es tu Verbo hecho hombre,
los guía al conocimiento del misterio
escondido a los sabios y entendidos
y revelado a los sencillos.

Haz que abran sus corazones
para comprender el sentido de las Sagradas Escrituras.

Haz que sean testimonio vivo del Evangelio
que leerán en estos libros.

Interceda por ellos María, Madre de la Sabiduría,
que acogió en su vientre materno
al Verbo que se hizo carne.

Tu Santo Espíritu dona a cada uno de nosotros
la gracia de colaborar con sencillez y alegría
en la proclamación de tu Palabra, para gloria de tu nombre.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟. Amén.

El celebrante se dirige a la mesa donde están los textos a entregar y los distribuye a los fieles.
Mientras entrega el texto, dice:

℣. Recibe las Sagradas Escrituras, lee, anuncia y testimonia con alegría la Palabra de Dios.

Se responde:

℟. Amén.

Terminada la distribución de los textos, la santa misa prosigue *more solito* con el Credo y la oración de los fieles.

Entregar la Biblia a los fieles se convierte en un acto de confianza, en el que la Palabra de Dios se abandona en manos de los hombres, que de ahora en adelante son responsables de su recepción y transmisión. Para transmitirla, es necesario primero recibirla. Por lo tanto, « pierde el tiempo predicando exteriormente la Palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior» (San Agustín, Serm. 179,1).

ORACIÓN DE LOS FIELES

Se puede usar la siguiente oración de los fieles, modificándola según las necesidades de la comunidad:

℣. Queridos hermanos y hermanas, reunidos en asamblea para celebrar los misterios de nuestra redención, imploramos a Dios todopoderoso, para que por su Palabra se renueve nuestro camino hacia la santidad. Oremos juntos y digamos: **Haznos, Señor, anunciantes de tu Palabra.**

1. Por el Papa, los obispos y los sacerdotes, para que amen cada día más la Palabra de Dios y, meditándola profundamente, puedan compartirla con alegría a las personas confiadas a ellos. Roguemos al Señor.
2. Por los lectores y catequistas que hoy recibirán su ministerio, para que, profundizando cada día la Palabra de Dios, se configuren con ella y la transmitan con el testimonio de la propia vida. Roguemos al Señor.
3. Por los padres de familia para que, iluminados y fortalecidos por la Palabra de Dios, tengan la sabiduría para guiar a sus hijos, transmitiéndoles la fe. Roguemos al Señor.
4. Por toda la comunidad cristiana que escucha a Dios reunida en torno a su Palabra, para que crezca en la unidad y dé un auténtico testimonio del amor de Dios. Roguemos al Señor.
5. Por la Iglesia, llamada a estar unida en Cristo, para que, en la escucha de la Sagrada Escritura sepa descubrir el camino para alcanzar la unidad auténtica y sólida. Roguemos al Señor.
6. Por cada uno de nosotros para que abramos nuestro corazón a la Palabra de Dios y así trabajemos juntos cada día para construir la paz. Roguemos al Señor.

℣. Escucha, Padre misericordioso, estas oraciones que te dirigimos con fe por medio de tu Hijo, el Verbo hecho carne, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Sigue la santa misa *more solito*.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote con las manos extendidas dice:

℣. Dios, que manifestó su verdad y caridad en Cristo,
os haga apóstoles del Evangelio
y testigos de su amor en el mundo.

℟. Amén.

℣. El Señor Jesús, que prometió a su Iglesia
estar presente hasta el fin de los siglos, guíe vuestros pasos y confirme vuestras palabras.
℟. Amén.

℣. El Espíritu del Señor esté en vosotros,
para que, caminando por las calles del mundo,
podáis evangelizar a los pobres y sanar a los contritos de corazón.
℟. Amén.

Bendice a todos los presentes diciendo:

℣. Y la bendición de Dios Todopoderoso,
Padre, Hijo ☧ y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y permanezca siempre.
℟. Amén.



«LA PALABRA DE CRISTO HABITE ENTRE VOSOTROS»

(Col 3,16)

25 DE ENERO DE 2026



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO